

La clase (media) en debate. Apuntes sobre la polémica en torno al carácter de clase de los sectores medios.

Fernando Toyos.

Cita:

Fernando Toyos (2019). *La clase (media) en debate. Apuntes sobre la polémica en torno al carácter de clase de los sectores medios. XIII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-023/3>

Tres argumentos en torno al estatus de clase de los sectores medios

Fernando Toyos (IEALC/UBA)

1. Introducción

Las “clases medias” son un objeto de gran interés en Argentina y el mundo. Recibiendo la atención de estudios académicos, informes de organismos internacionales y discursos políticos de variadas orientaciones, existe un debate en torno a su estatus de *clase social*. Lejos de ser una discusión meramente terminológica, se trata de una distinción con profundas consecuencias teóricas y políticas: la composición social en términos de clase – si hay dos clases sociales o si son tres o más – tiene un impacto profundo en la forma que tenemos de imaginarnos, representarnos y concebir la sociedad en la que vivimos, los mecanismos de producción y reproducción de la desigualdad social y las herramientas necesarias para combatir la misma. El presente trabajo se propone realizar una revisión crítica de las principales corrientes que abordan el estudio de los sectores medios desde la sociología, la antropología y la historia. A partir de dicho ejercicio de sistematización, buscamos aportar a la controversia en torno a los sectores medios, específicamente respecto de su estatus de *clase social*, con tres argumentos propios.

En uno de los polos de esta compulsa, podemos identificar una corriente de fuerte tradición germaniana, inspirada en el clásico estudio del sociólogo de origen italiano sobre las clases medias de la Ciudad de Buenos Aires (Germani, 2010). Estos estudios retoman la clasificación que distingue entre la clase trabajadora y la clase media según el carácter manual o no-manual de su trabajo, respectivamente (Dalle, 2016; Dalle, Carrascosa y Lazarte, 2016; etc.). Otros trabajos, con distintos criterios de delimitación, coinciden en otorgarle estatus de clase a los sectores medios (Boniolo y Estévez Leston, 2016, etc.).

Por otra parte, una serie de trabajos recientes se ha enfocado en abordar a los sectores medios a partir de su constitución identitaria (Adamovsky, Visacovsky y Vargas, 2014, Visacovsky y Garguin, 2009). Desde una mirada constructivista, influenciada por trabajos como los de E. P. Thompson (Meiksins Wood, 1983), estos autores visibilizan la importancia de factores subjetivos como los valores y las cosmovisiones, a la hora de analizar la *clase media* como una *identidad sociocultural*.

2. Los estudios sobre clases sociales

Existen numerosas perspectivas para el estudio de las clases sociales. El planteo original de Marx (1849) ubica a la burguesía y al proletariado como clases fundamentales que se derivan del capital como relación social. Sin embargo, la organización de actores políticos concretos que se identifican en términos de clase no se da de modo automático. El mismo Marx (2000) reconoce esto, al analizar el *proceso histórico* a través del cual el Estado y la burguesía, como clase dominante, se constituyen mutuamente, en el famoso capítulo XIV del *Capital* (Castillo, 2007). Respecto de la clase obrera, Marx analiza su *conciencia de clase* en términos de la “clase en sí”, que implica la existencia de grupos de personas que venden su fuerza de trabajo, y la “clase para sí”, que se entiende como la organización política de dichos grupos (Marx, 1975)¹. Ambos elementos, ampliamente conocidos, nos muestran a un Marx distinto del que nos presentan aquellas lecturas que le adjudican posiciones mecanicistas, que plantearían un surgimiento espontáneo o automático de las clases sociales, a partir de las relaciones de producción. En este sentido, se encuentra el concepto de *experiencia* como el punto en el que se articulan las relaciones materiales de producción con las tradiciones y formas de sentir y pensar el mundo que la clase trabajadora – en tanto colectivo social *concreto* – posee. Es en el seno de esta dialéctica que puede emerger una *conciencia de clase* propiamente dicha, y constituirse la *clase obrera* como actor social y político (Meiksins Wood, 1983).

Mientras la perspectiva marxista ubica al *capital* en tanto *relación social* como el espacio de constitución de las clases sociales, la sociología de Max Weber (1944) entiende que este proceso se da a través de las relaciones de mercado, en las cuales los individuos se adjudican *oportunidades vitales* diferenciales que configuran su *situación de clase*. Para el sociólogo de Erfurt, estas condiciones no son idénticas a la existencia de la clase propiamente dicha, sino a sus *probabilidades* de existencia. La mediación entre una y otra instancia, que en Marx ocupa la lucha de clases, para Weber lo constituyen las *relaciones de clase* (que pueden incluir las de lucha), refiriéndose con especial énfasis a las relaciones familiares (*connubium*) y sociales (*comensalidad*) (Weber, 1944: 242-248). El conflicto de clases, en la tradición weberiana, es analizado

¹ Para un análisis exhaustivo al respecto, recomendamos la lectura de Pérez (2014).

en términos de *cierre social*, concepto que alude a la lucha por dominar una serie de recursos escasos, por ejemplo, las credenciales educativas. Este cierre social puede ser “de arriba hacia abajo”, llamado *cierre social excluyente*, “de abajo hacia arriba” – por ejemplo, una reivindicación salarial – en cuyo caso se denomina *cierre social de usurpación*, o combinar en el *cierre social dual* elementos de los dos anteriores (Parkin, 1984). La principal distinción que plantea este concepto, respecto de la lucha de clases, es su desvinculación respecto de la *explotación* como forma que asumen las relaciones sociales de producción.

El sociólogo francés Pierre Bourdieu (1988) también entiende la *génesis de las clases* como un proceso en dos dimensiones: la existencia de personas con condiciones de vida similares (posiciones cercanas en el espacio social, en términos de distribución de capitales, en tipo y cantidad) constituye “clases en el papel”. Es necesaria la organización política de estos individuos para que la clase social aparezca en escena, dando, por así decirlo, el salto de *posición* a *disposición* (Bourdieu, 1990). Asimismo, dicho autor postula el carácter *enclasante* del gusto, iluminando una dimensión novedosa para el análisis de clase que tiene especial relevancia a la hora de estudiar sectores medios (Bourdieu, 1988; Tevik, 2009; etc.).

Si bien las perspectivas de Weber y Bourdieu aportan elementos relevantes para el análisis de clase, especialmente respecto de su dimensión cultural, nuestra perspectiva parte de la matriz marxiana en el sentido que entendemos, con Erik Olin Wright (1995), que, sin considerar las relaciones de producción, caracterizadas por la *explotación* de una clase sobre otra, no se puede comprender adecuadamente las clases sociales y su vínculo con el conflicto que atraviesa nuestras sociedades.

3. La “clase media”: enfoques neomarxista y neweberiano

A contramano de lo planteado por Marx –quien preveía una progresiva extinción de los estratos intermedios, producto de la concentración y centralización del capital- las “clases medias” se consolidaron como grupo, o conjunto de grupos, muy relevante demográficamente y socialmente. A partir de la década de 1970, autores de diversas corrientes recogieron el guante, sea para reivindicar la perspectiva de Marx – en clave “neomarxista” – o para confrontarla, desde un enfoque “neweberiano”.

En el primero de los bloques se destaca el trabajo del mencionado Wright quien entiende a las “clases medias” como producto de unas *posiciones contradictorias de clase*, derivadas de la distribución de la *propiedad de los medios de producción*, junto con el ejercicio de la *autoridad* en el proceso productivo (Wright, 1983:54-82). La propiedad de los medios de producción es ampliamente reconocida como el criterio de inclusión/exclusión dentro de una u otra clase para la perspectiva marxista; pero también pueden rastrearse elementos relativos a la *autoridad* presentes en la obra de este pensador, bajo la clave de la *alienación* (Marx, 2004). En un trabajo posterior, Wright (1995) desarrolla estas *posiciones contradictorias*, a partir de los conceptos de *renta de cualificación* y *renta de lealtad*. Para ejemplificar, podemos decir que –según este planteo- un gerente ocuparía una posición contradictoria ya que, si bien es un asalariado, la autoridad que ejerce en el trabajo lo ubica en el campo de la burguesía.

Dentro de la perspectiva *neweberiana*, cabe reseñar la noción de *clase de servicios* desarrollada por el sociólogo británico John Goldthorpe (1992). Según este autor, dicho sector se diferenciaría de la clase trabajadora por establecer, en lugar de un *contrato de trabajo*, una *relación de servicio* con su empleador. Esta relación se caracterizaría por la *confianza* depositada en este empleado, generando una retribución monetaria que no está atada al producto del trabajo, sino que constituye una *compensación* por un vínculo de tipo *moral*. (Goldthorpe, 1992: 238-240). Este enfoque ha inspirado un esquema metodológico que reconoce hasta **once clases sociales**, de uso muy difundido, conocido como *esquema EGP* (Erikson, Goldthorpe, & Portocarrero, 1979; Goldthorpe y McKnight, 2004).

3.1 Estudios sobre sectores medios en la Argentina

En la década de 1960, atravesada por el particular contexto político que suponía el desplazamiento del peronismo a través del golpe de Estado de 1955, comenzó a desarrollarse lo que hoy conocemos como *sociología empírica* en nuestro país. Los estudios de Gino Germani (2010) fueron, en este sentido, fundacionales. El sociólogo de origen italiano, influenciado por la escuela sociológica de Chicago (Park y Miller, 2008) y los estudios sobre movilidad social (Lipset y Bendix, 1963), realizó junto a su equipo un abordaje sistemático de la estructura social argentina. En este marco, analizó las profundas transformaciones acaecidas a partir de la inmigración ultramarina de fines del siglo XIX y principios del XX. En estos estudios, sostuvo que las y los migrantes lograron insertarse con éxito en una estructura social relativamente abierta, consolidándose en *posiciones de clase media*. La “clase media” aparece así definida como una *clase social* distinta de la clase alta/burguesa/capitalista y la clase baja/trabajadora, diferenciándose de la última a partir del **carácter no manual** del trabajo que realiza (Germani, 2010). Al respecto, Adamovsky (2014) sostiene que dicho criterio de demarcación no delimita conjuntos de la población que se diferencien de una forma tal que permita distinguirlos en términos de clase. Más aún, señala que la distinción *provisoria* según trabajo manual/no-manual, tampoco satisface los criterios que el propio Germani estableció:

Para él (Germani), afirmar la existencia de una clase dependía de la demostración no solo de que un conjunto de personas tenían algo en común, sino también de que poseían una “unidad interna” visible en “contenidos de conciencia” que, a su vez, dieran lugar a “conductas” observables. Así, la clase, para Germani, es más y otra cosa que la categoría ocupacional: es un “tipo de existencia” que incluye elementos objetivos y subjetivos (...) Sin embargo, a Germani se le presentó la paradoja de que, para realizar tal observación, era necesario tener “una orientación previa”: si su intención era ir a estudiar empíricamente la clase media, primero necesitaba saber qué sectores iba a observar. Germani resolvió esa paradoja dando por válida (...) “la composición que generalmente se atribuye a la clase media”. Citando como fuente de autoridad algunas obras de sociólogos europeos y estadounidenses, estableció así que la frontera entre clase obrera y

clase media pasaba por la naturaleza manual/no manual del trabajo (Adamovsky, 2014: 117).

El texto refiere al famoso estudio preliminar de Germani, titulado “La clase media en la Ciudad de Buenos Aires”. Allí, este sociólogo dice que:

Es evidente que su número y composición (de la clase media) solo podría determinarse en base a la observación de los hechos, pero, a su vez, la observación requiere una orientación previa: es necesario adoptar pues, como hipótesis, la composición que generalmente se atribuye a la clase media. (Germani, 2010: 96).

Al final del párrafo citado hay una llamada que remite a una nota al pie, en la cual Germani refiere a los mentados “sociólogos europeos y norteamericanos”. La distinción manual/no manual como “límite inferior” de la “clase media”, si bien no está explicitada, puede apreciarse en muchos de sus trabajos (Germani, 1987, 2010, etc.).

El propio Adamovsky (2001, 2005, 2009, 2014, 2017) integra una corriente de investigadores e investigadoras en el campo de las ciencias sociales y las humanidades que ha estudiado las “clases medias” desde otra perspectiva (Visacovsky y Garguin, 2009; Adamovsky, Visacovsky y Vargas, 2014). Nutriéndose de la sociología, la historia y la antropología, este importante caudal de estudios ha puesto en debate dicha categoría. ¿Es una clase, o se trata de sectores, estratos o fragmentos de clase? ¿Se trata de una clase social que emerge de unas “condiciones objetivas” particulares, o de sectores heterogéneos que se unifican a partir de una *identidad* en común? En palabras de Klaus-Peter Sick (2014), ¿es una noción sociológica o un eslogan político? Acaso la primera dificultad a la hora de estudiar a la “clase media” radica en la propia definición del objeto, como ha sido evidenciado tanto en la investigación científica, (Adamovsky, 2014) como en la política pública (Gastelum Lage, 2011).

Según estos autores y autoras, la *clase media* es entendida como una **identidad sociocultural**, inherentemente atravesada por una **dimensión político-ideológica** (Visacovsky y Garguin, 2009; Adamovsky, Visacovsky, y Vargas, 2014). Algunos autores consideran a la identidad como fundamento de la clase social *en general*, haciendo foco en las disposiciones morales (Visacovsky, 2014) y las prácticas en las que dicha identidad se constituye y reafirma, entre ellas, el consumo (Wortman, 2007). Otros consideran la existencia de las dos clases fundamentales como un dato de

la realidad, escenario en el cual la emergencia de una poderosa *identidad de clase media* cumple una función “contrainsurgente” al insertar una cuña divisoria al interior de las clases populares (Adamovsky, 2009: 177-216). Hay estudios que analizan la conformación histórica de la clase media argentina vinculada con la dimensión étnico-racial que implica la reivindicación del origen blanco-europeo (Garguin, 2009), asociado a una narrativa moral que prescribe el esfuerzo individual como medio legítimo de ascenso social (Visacovsky, 2014). Esta *identidad de clase media* está dotada de una *performatividad ideológica* (Adamovsky, 2014) cuyas raíces se remontan a la filosofía aristotélica (Adamovsky, 2001, 2005). Dicha *performatividad ideológica* toma su fuerza de la imagen metafórica de la “clase media” como un actor ubicado “en el centro” de la sociedad, como si la misma tuviese extremos y un punto medio. Asociada a esta idea, se encuentran los valores de la moderación política (ni demasiado conservador, ni demasiado revolucionario) y económica (ni demasiado rico, ni demasiado pobre), presentes en los clásicos de la filosofía mencionados anteriormente.

En contraposición con los planteos ligados a la teoría de la modernización, que sostienen el carácter **material** de la emergencia de sectores de clase media urbana, Adamovsky señala que buena parte de estas capas sociales, en un principio, tendieron a percibirse a sí mismas como *trabajadores y trabajadoras*, de modo que la *identidad de clase media*, por así decirlo, les “llegó desde fuera”. Puntualmente, el historiador señala los casos de varios **dirigentes conservadores** de la época que planteaban su preocupación por esta “clase media”, cuyo bienestar sería clave para lograr la anhelada estabilidad política (Adamovsky, 2017: 26-28). Así, la identidad de clase media tendría un origen político antes que sociológico.

En la actualidad, se evidencia el profundo impacto que las reformas neoliberales tuvieron en los sectores medios de Argentina, los cuales sufrieron una fragmentación entre quienes resultaron “ganadores” y quienes “perdieron” a partir de la reconfiguración económica operada en el período 1976-2001 (Svampa, 2005). Esta fragmentación se inserta en un marco general de “desorganización de clase”, es decir, de pulverización de la clase obrera como actor social y político, a partir de la última dictadura cívico-militar (Piva, 2014a). Este proceso, como es lógico, tiene su correlato en el plano identitario, expresado en el florecimiento de identidades no-clasistas como “los vecinos” y “la gente” (Piva, 2014b). Encuestas como las de Latinobarómetro y ENES-PISAC señalan que la mayor parte de Argentina se identifica con la clase media,

guarismos que se repiten en varios países de la región. En consonancia con estos datos, diversos estudios indagan sobre las orientaciones políticas al interior de la clase media, tanto en Argentina (De Riz, 2009; Piva, 2014b; Ipar, 2017; Toyos, 2019) como en la región (Barrios, 2004; Cueva Perus 2010; Fierro, 2015; Toyos, 2015; Boron, 2017).

En el presente trabajo utilizamos el término *sectores medios* para referirnos a quienes se autoperciben como parte de la “clase media”. Con esto no pretendemos negar la amplia heterogeneidad que nos atraviesa a quienes vivimos de nuestro trabajo, heterogeneidad profundizada a partir de las reformas neoliberales desarrolladas a partir de la última dictadura cívico-militar (Piva, 2014b). Sin embargo, no consideramos que estos elementos fundamenten la diferenciación en términos de *clases sociales*, lo que se expresa en unos *intereses de clase* que – a nivel de lo que Wright (2016) denomina *el juego y las reglas* – son coincidentes. Por *juego y reglas*, dicho autor se refería al sistema capitalista y las distintas modalidades o regímenes a su interior, como pueden ser los modelos de corte *neodesarrollista/neokeynesiano* vis a vis aquellos de inspiración *neoliberal*. La experiencia reciente muestra que, cuando la crisis del modelo neoliberal argentino, basado en la paridad peso-dólar, hizo eclosión en el 2001, la clase trabajadora, los trabajadores desocupados (piqueteros) y la “clase media” confluyeron en el rechazo a dicho modelo, expresado en el pedido de renuncia del entonces presidente, De la Rúa. Adamovsky, en su *Historia de la clase media argentina* (2009), señala que, en el contexto de este intenso proceso de movilización popular, las “fronteras” entre estos sectores tendieron a diluirse. Como lo expresó una consigna de aquellos años, entre “piquete y cacerola” –herramientas de protesta claramente asociadas a trabajadores desocupados y sectores medios, respectivamente- la lucha fue “una sola”. A continuación, tomaremos estos planteos para desarrollar *tres argumentos* en torno a este debate.

4.1 Primer argumento

La identidad de clase en la “clase media”, ¿deviene de sus condiciones materiales de existencia o llega “desde fuera”?

Una de las críticas más duras y certeras con la que el pensamiento marxista se ve confrontado es la que refiere a cierta concepción mecanicista de la relación entre las condiciones materiales de existencia y la conciencia de dichas condiciones. Dicho en términos más cercanos en el tiempo, se trata de la relación entre la posición objetiva que una clase ocupa en las relaciones de producción – “posición de clase” – y la subjetividad que la caracteriza, generalmente entendida en términos de “conciencia” o “identidad”. Según un marxismo caricaturizado, la segunda de estas dimensiones –la conciencia– se encontraría determinada de forma unívoca por la posición que se ocupa en las relaciones de producción. Para evaluar si se trata de una crítica fundamentada, confrontémosla con la prosa del propio Marx (1975):

*La gran industria concentra en un mismo sitio a una masa de personas que no se conocen entre sí. La **competencia** divide sus intereses. Pero la defensa del salario, este interés común a todos ellos frente a su patrono, los une en una idea común de resistencia: la coalición. Por tanto, la coalición persigue siempre una doble finalidad: acabar con la **competencia** entre los obreros para poder hacer una **competencia** general a los capitalistas. Si el primer fin de la resistencia se reducía a la defensa del salario, después, a medida que los capitalistas se asocian a su vez movidos por la idea de la represión, las coaliciones, en un principio aisladas, forman grupos, y la defensa por los obreros de sus asociaciones frente al capital, siempre unido, acaba siendo para ellos más necesario que la defensa del salario. Hasta tal punto esto es cierto, que los economistas ingleses no salían de su asombro al ver que los obreros sacrificaban una buena parte del salario en favor de asociaciones que, a juicio de estos economistas, se habían fundado exclusivamente para luchar en pro del salario. En esta lucha —verdadera guerra civil— se van uniendo y desarrollando todos los elementos para la batalla futura. Al llegar a este punto, la coalición toma carácter político.*

*Las condiciones económicas transformaron primero a la masa de la población del país en trabajadores. La dominación del capital ha creado a esta masa una situación común, intereses comunes. Así, pues, esta masa es ya una clase con respecto al capital, pero aún no es una clase para sí. En la lucha, de la que no hemos señalado más que algunas fases, esta masa se une, se constituye como clase para sí. Los intereses que defiende se convierten en intereses de clase. Pero la lucha de clase contra clase es una lucha **política**. (Marx, 1975: 257, negritas propias).*

Aquí vemos planteada la famosa distinción entre la “clase en sí”, o “clase frente al capital”, y la “clase para sí”. Podríamos decir que el primero de estos términos,

efectivamente, se corresponde con la posición de un grupo – la clase obrera – respecto de las relaciones capitalistas de producción, en las cuales ingresan en el polo del trabajo asalariado. Sin embargo, vemos que el propio Marx introduce en el texto dos elementos que funcionan como *mediación* entre “clase en sí” y “clase para sí”: las relaciones de *competencia*, previas al establecimiento de coaliciones, y el carácter *político* de la lucha de clases. Sin ahondar demasiado, la aparición de estos términos debiera prevernos de cualquier interpretación que sostenga un efecto *inmediato* y *unívoco* de las relaciones de producción sobre la conciencia. Antes bien, el planteo sugiere una clase obrera que forja su conciencia en la misma medida en la que sustituye los lazos de *competencia* a su interior, construyendo vínculos de una *solidaridad* que –al ser de clase- es, esta sí, inmediatamente *política*. Estos elementos no se derivan de ninguna “determinación objetiva” inserta en la estructura, sino que están sujetos a los vaivenes de –por así decirlo- la agencia. Una observación rápida sobre las formas organizativas de la clase obrera actual, basta para advertir que el desarrollo de dicha conciencia lejos está de expresarse de forma homogénea y uniforme al interior de la clase obrera formal e informal.

Vladimir Ilich Ulianov (más conocido como Lenin), además de haber sido el máximo dirigente de la Revolución Rusa, es reconocido como un teórico de fuste al interior del marxismo. Sus escritos, en el marco del materialismo histórico, aportaron a áreas tan diversas como la economía, la ciencia política (especialmente en lo que refiere a la teoría del Estado) y la filosofía. Lenin (1972), en las páginas del *¿Qué hacer?* plantea lo siguiente, respecto a la relación entre la clase obrera y la conciencia de clase:

Hemos dicho que los obreros no podían tener conciencia socialdemócrata. Esta sólo podía ser traída desde fuera. La historia de todos los países demuestra que la clase obrera está en condiciones de elaborar exclusivamente con sus propias fuerzas sólo una conciencia tradeunionista, es decir, la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patronos, reclamar al gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros, etc. En cambio, la doctrina del socialismo ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas elaboradas por intelectuales, por hombres instruidos de las clases poseedoras. Por su posición social, los propios fundadores del socialismo científico moderno, Marx y Engels, pertenecían la intelectualidad burguesa. De igual modo, la doctrina teórica de la socialdemocracia ha surgido en Rusia independiente por completo del crecimiento espontáneo del movimiento obrero, ha surgido como resultado natural e ineludible del desarrollo del pensamiento entre los intelectuales revolucionarios socialistas. Hacia la época de que tratamos es decir, a mediados de los años 90, esta doctrina no sólo era ya el programa,

cristalizado por completo, del grupo Emancipación del Trabajo, sino que incluso se había ganado a la mayoría de la juventud revolucionaria de Rusia. (Lenin, 1902: 39).

Lo que en Marx son elementos que *sugieren* cierto *carácter exógeno* de la conciencia obrera, en Lenin se encuentra planteado de **forma explícita**: es la teoría revolucionaria, cuya elaboración corresponde a la “intelectualidad burguesa”, lo que puede dotar a la clase obrera de una “conciencia socialdemócrata”, es decir, socialista². Esta conciencia, por definición, le llega “desde fuera” al proletariado, el cual, por sus propios medios, solamente puede alcanzar la “conciencia tradeunionista” (o *conciencia gremial*). No estamos completamente de acuerdo con el planteo de Lenin, en particular, respecto de la condición de clase de los intelectuales y militantes políticos, sin embargo esto no tiene interés al efecto de este trabajo. Lo que queremos plantear es, antes bien, que dentro de la tradición marxista existe un desarrollo que va a contramano de cualquier planteo mecanicista sobre la relación entre posición y conciencia de clase. Este desarrollo ciertamente no concluye con Lenin, sino que se extiende, por lo menos, a los trabajos de Georg Lukács (1970) y la corriente del llamado *marxismo cultural británico*, en especial a los trabajos de Edward P. Thompson (Meiksins Wood, 1983). Por razones de espacio, no desarrollaremos aquí sus valiosos aportes, de modo que referimos a su lectura para continuar el trazado, que hacemos aquí, respecto de la teoría marxista de las clases sociales. A los fines de este trabajo, nos basta con señalar que las concepciones mecanicistas de la relación entre posición y conciencia de clase son, desde el propio Marx en adelante, ajenas al marxismo.

Si la relación entre la posición y la conciencia de la clase obrera está atravesada por la lucha política y la construcción de lazos de solidaridad, ¿qué sucede con los sectores medios? En primer lugar, es necesario señalar que buena parte de los mismos – profesionales, comerciantes, etc. – se caracterizan por estar insertos en relaciones laborales de tipo individual. Sus puestos de trabajo no los congregan con otros en condiciones similares a las suyas, al modo de la fábrica, sino que los ubican al frente de pequeños comercios o actividades profesionales que gestionan de modo individual. Existe también una proporción importante de sectores medios, compuesta de trabajadores asalariados, empleados en ocupaciones no-manuales y, en algunos casos,

² El uso del término “socialdemócrata” no responde a la moderación política, sino al hecho de que (debido a las leyes proscriptivas de la época), el uso del término “socialista” se hallaba prohibido.

perceptores de altos salarios, en relación al resto de las personas que viven de su trabajo. Se trata, como reconoce el propio Germani (2010) de un sector ampliamente heterogéneo, lo cual no impidió la formación de asociaciones gremiales “de clase media” en Francia y Perú (Sick, 2014; Adamovsky, 2009: 133). Por nuestra parte, hemos registrado un agrupamiento que buscó organizar a la “clase media” en defensa del gobierno bolivariano de Venezuela (Toyos, 2015), sin embargo, nada parece indicar que estas experiencias trasciendan sus casos particulares. En Argentina, tanto los sectores profesionales como los asalariados registran experiencias organizativas durante la primera mitad del siglo XX. En ninguno de los casos, estos gremios se percibieron a sí mismos como parte de una “clase media”: las asociaciones profesionales no establecían identidades fuertes más allá de lo corporativo (la Federación Médica, por caso, se refería a una “clase médica”) mientras que varios sindicatos de empleados – entre ellos, empleados de comercio y telefónicos – se identificaban como parte de la clase trabajadora. Existió, en el gremio bancario, una temprana identificación con la “clase media”, aunque fue abandonada posteriormente, tal vez por la influencia que adquirió el Partido Socialista en este gremio (Adamovsky, 2009: 135-176).

Encontramos, entonces, un conjunto heterogéneo de sectores con un conjunto de identidades también heterogéneo, si bien el carácter de trabajador autónomo o asalariado parece guardar relación con la identidad que se asume. Considerando esta “doble heterogeneidad”, ¿de dónde emerge la identidad de clase media que, según las encuestas de Latinobarómetro y ENES-PISAC, comprende al 40% de la población argentina? Adamovsky (2009, 2017) postula una respuesta: esta identidad ha sido promovida desde las clases dominantes para insertar una cuña divisoria al interior de las clases populares. En el contexto argentino previo al surgimiento del peronismo, este autor sostiene que:

“No carece de importancia que desde el ámbito político se haya puesto en circulación en estos años la expresión “clase media”. (...) En ese momento, en el que (...) no sólo no existía una identidad de clase media, sino que vastos sectores sociales que no eran obreros estaban desarrollando fuertes lazos de solidaridad con los trabajadores, quienes hablaban de la “clase media” o la convocaban a la acción no estaban simplemente refiriendo a una realidad que ya existía: estaban proponiendo una nueva forma de visualizar la sociedad. Al introducir una tercera clase entre la gente “decente” y el “populacho” –las únicas dos clases que se discernían hacia principios del siglo XX- se establecía una clara línea de distinción por debajo. Del “populacho” indistinto podría así “recortarse” un

grupo más “respetable” que pudiera ser sostén del orden establecido.”
(Adamovsky, 2009: 215-216).

Independientemente de que se comparta el planteo de este autor, es preciso señalar que la “identidad de clase media” presenta un carácter, por así decirlo, *particularmente exógeno*: en el caso argentino, ni las heterogéneas condiciones materiales de existencia de los sectores medios, ni los intentos de “politización endógena” (a través de sindicatos y asociaciones profesionales, por ejemplo) parecen haber aportado de forma sustantiva a la construcción de la poderosa *identidad de clase media* que existe. Encontramos aquí una diferencia sustantiva con las dos *clases sociales*, en sentido fuerte: podemos encontrar trabajos que dan cuenta de procesos de politización de tipo endógeno para la clase trabajadora (Poy, 2014; Camarero, 2007; Ceruso, 2010) y las clases dominantes (Luci y Gessaghi, 2016). No hay registros en el mismo tenor para el caso de los sectores medios.

Un relevamiento de la versión digital de los principales periódicos – Clarín, La Nación y Página/12 – y el portal InfoBAE nos muestra que la publicación de artículos que aluden a los sectores medios de forma explícita, incluyendo el término “clase media” en el título, son una práctica de frecuencia moderada pero sistemática. Más aun, esta regularidad contrasta con la ausencia casi total de artículos que refieran a la “clase trabajadora”, las “clases populares” u otra denominación similar. Al día de hoy, la interpelación pública hacia la “clase media” sigue siendo parte de una práctica que, a nuestro entender, apunta a reproducir y consolidar “desde fuera” esta *identidad de clase media*. A esta tarea aportan dirigentes políticos de todos los grandes espacios, los medios masivos de comunicación y diversos intelectuales, entre otros actores.

4.2 Segundo argumento:

La clase media, ¿tiene *intereses de clase* particulares, o comparte los intereses de la clase trabajadora?

4.2.1 Las distintas dimensiones del interés de la clase trabajadora

Existen numerosos criterios para definir qué es una clase social y qué no lo es. Como hemos visto, la corriente neoweberiana pone énfasis en las relaciones personales y el estatus, mientras que los trabajos de Bourdieu combinan una serie de elementos entre los cuales destacamos el análisis del consumo (Parkin, 1984; Bourdieu, 1988, 1990).

Las sociedades capitalistas se caracterizan por el hecho de que la explotación del trabajo asalariado *no asume* la forma directa de una relación de sujeción, a la manera de la esclavitud o la servidumbre. En nuestra sociedad, la explotación de la fuerza de trabajo asume la forma de un contrato celebrado entre personas jurídicamente libres e iguales:

La esfera de la circulación o del intercambio de mercancías, dentro de cuyos límites se efectúa la compra y la venta de la fuerza de trabajo, era, en realidad, un verdadero Edén de los derechos humanos innatos. Lo que allí imperaba era la libertad, la igualdad, la propiedad y Bentham. ¡Libertad!, porque el comprador y el vendedor de una mercancía, por ejemplo de la fuerza de trabajo, sólo están determinados por su libre voluntad. Celebran su contrato como personas libres, jurídicamente iguales. El contrato es el resultado final en el que sus voluntades confluyen en una expresión jurídica común. ¡Igualdad!, porque sólo se relacionan entre sí en cuanto poseedores de mercancías, e intercambian equivalente por equivalente. ¡Propiedad!, porque cada uno dispone sólo de lo suyo. ¡Bentham!, porque cada uno de los dos se ocupa sólo de sí mismo. El único poder que los reúne y los pone en relación es el de su egoísmo, el de su ventaja personal, el de sus intereses privados. Y precisamente porque cada uno sólo se preocupa por sí mismo y ninguno por el otro, ejecutan todos, en virtud de una armonía preestablecida de las cosas o bajo los auspicios de una providencia omniastuta, solamente la obra de su provecho recíproco, de su altruismo, de su interés colectivo.

Al dejar atrás esa esfera de la circulación simple o del intercambio de mercancías, en la cual el librecambista vulgaris abreva las ideas, los conceptos y la medida con que juzga la sociedad del capital y del trabajo asalariado, se transforma en cierta medida, según parece, la fisonomía de nuestras dramatis personæ [personajes]. El otrora poseedor de dinero abre la marcha como capitalista, el poseedor de fuerza de trabajo lo sigue como su obrero; el uno, significativamente, sonríe con ínfulas y avanza impetuoso; el otro lo hace con recelo, relictante, como el que ha llevado al mercado su propio pellejo y no puede esperar sino una cosa: que se lo curtan (Marx, 2010: 214)

Esta particularidad hace necesaria la existencia del Estado, como instancia *política - aparentemente separada* de la instancia *económica* de la producción – que garantiza la reproducción del capital como relación social basada en la explotación del trabajo asalariado. De este modo, la posición de clase tiene una *doble expresión*, es decir, se manifiesta en la esfera de las *relaciones económicas* – como *explotador* o *explotado* – así como en la esfera de las *relaciones políticas* – como *dominante* o *subalterno*. Estos dos ejes, como expresión de *momentos específicos* de la relación capital-trabajo, se expresan en las siguientes dimensiones que hacen a la constitución de las clases fundamentales:

Tabla 1. Formas que asume la posición de clase trabajadora según dimensión de las relaciones de clase.

Dimensiones	Dimensión económica	Dimensión política
Forma que adquiere la relación C-T	Explotación	Dominación
Forma que asume la resistencia de la clase trabajadora	Organización sindical	Organización política
Lógica que asume la resistencia de la clase trabajadora	Económico-corporativa	Política
Forma que presentan los intereses de la clase trabajadora	Intereses económicos inmediatos (paritarias, condiciones de trabajo, etc.)	Intereses políticos mediatos (construcción de una voluntad nacional-popular)
Forma que asume la representación de la clase trabajadora	Representación homogénea (rama de actividad, gremio, etc.)	Unidad en la diversidad (construcción de organizaciones y frentes de masas, etc.)

Fuente: elaboración propia

Ambas posiciones de clase se vinculan con unos *intereses* particulares: mientras que es esperable que la clase trabajadora reclame aumentos salariales, mejoras en las condiciones laborales y políticas públicas que incentiven el consumo; la clase dominante probablemente prefiera atar dichos aumentos salariales a la productividad – lo que implica un aumento en la *plusvalía relativa* y, por ende, en la explotación – a la vez que liberar los precios y promover el individualismo.

4.2.2 Los intereses de la “clase media” y los intereses de la clase trabajadora

Erik Olin Wright (2016) analiza los intereses de clase a partir de un ejercicio analítico que divide al capitalismo en tres niveles: el *juego*, las *reglas* y las *jugadas*: por **juego** entiende al capitalismo y al socialismo como sistemas radicalmente distintos; por **reglas** entiende a las distintas variantes que son posibles dentro del capitalismo (por ejemplo, neodesarrollismo y neoliberalismo), mientras que las **jugadas** son los movimientos que cualquier actor – un individuo, un grupo, una clase o un sindicato – puede realizar dentro de un juego y unas reglas determinadas. A propósito del *precariado* (estratos marginales que aparecieron en los EEUU), Wright concluye –a partir de este análisis– que dado que la clase obrera y dicho precariado comparten intereses fundamentales en los niveles del **juego** y las **reglas**, entonces *el precariado es parte de la clase trabajadora*, antes que una clase en sí misma. ¿Qué sucede si aplicamos el mismo análisis respecto de la “clase media”? Considerando que el grueso de este sector se compone de profesionales, pequeños comerciantes y asalariados del sector formal, una primera apreciación a hacer es que son sectores cuyos ingresos dependen del mercado interno. Un psicólogo necesita que sus pacientes –potenciales o reales– tengan la capacidad económica de pagar por sus servicios, al igual que el dueño de un comercio, sea un gimnasio o un restaurant. De hecho, este tipo de gasto constituye una de las variables de ajuste más comunes durante períodos de recorte en los ingresos. Existen, claro está, excepciones a esto, como señala Svampa (2005): durante la década del '90, los sectores medios se dividieron entre “ganadores” y “perdedores”. Mientras los primeros estaban vinculados al desarrollo de grandes empresas transnacionales – gerentes, consultores, profesionales de las Tecnologías de la Información, etc. – los segundos se componían de aquellas posiciones “tradicionales” (médicos, docentes, empleados, etc.). Entre los primeros, se encuentran sectores vinculados al mercado internacional cuyo bienestar puede ser relativamente independiente de la suerte de la masa asalariada argentina. Sin embargo, los resultados de la Encuesta Nacional de Estructura Social (ENES-PISAC, 2017) nos sugieren que se trata de sectores muy minoritarios³. De este modo, si el socialismo –como **juego** alternativo– implica mejores ingresos para la clase trabajadora, aquellos sectores medios que les proveen servicios y

³ Llegamos a esta inferencia al observar que un poco más del 10% de las personas encuestadas declaró tener estudios terciarios/universitarios completos, mientras que solo el 3,5% manifestó tener un conocimiento de idioma extranjero de nivel avanzado o bilingüe. Observando las ocupaciones (según el Clasificador Internacional Uniforme de Ocupación, CIUO 2008), aquellos puestos vinculados al software, las telecomunicaciones, etc. registran bajas proporciones de ocupación.

productos no podrán sino beneficiarse de ello. Lo mismo es válido para las **reglas** de tipo neodesarrollista frente a aquellas de corte neoliberal: Dalle (2016) muestra que la expansión del empleo asalariado durante el período 2003-2015 – caracterizado por un modelo neodesarrollista o neokeynesiano – repercutió favorablemente en los sectores medios. Como contracara de esto, nuestra historia reciente da cuenta de que dichos sectores no fueron la excepción al empobrecimiento general que llevó al estallido social de 2001-2002. En este contexto, precisamente, se encuentra nuestro tercer y último argumento.

4.3 Tercer argumento:

El debilitamiento de la *identidad de clase media* en un contexto de crisis

La clase media, cuando está
bien, vota mal, y, cuando está
mal, vota bien. *Arturo
Jauretche*

La larga acumulación de descontento, la resistencia de los trabajadores ocupados y desocupados y el creciente desprestigio del gobierno de Fernando De la Rúa – duramente derrotado en las elecciones legislativas de ese año – hicieron eclosión con una medida implementada por el ministro de Economía, Domingo Cavallo. Ante la imposibilidad de continuar financiando a la moribunda convertibilidad – que establecía por ley la paridad entre el peso y el dólar – a través del endeudamiento externo, dicho ministro (que contaba con facultades extraordinarias otorgadas por el Congreso) *congeló los depósitos bancarios*, estableciendo un límite semanal de extracción, fijado en 250 pesos/dólares. Esta medida volcó a importantes franjas de la “clase media” a las calles, en contra del gobierno y los bancos. Las imágenes de los ahorristas destruyendo las vidrieras de los bancos a martillazos se inscribieron como emblema de aquellos meses. En este contexto, como registra Adamovsky (2009), comenzaron a tejerse lazos de solidaridad entre *piquetes* y *cacerolas*: el movimiento de trabajadores desocupados, que comenzó con los cortes de ruta en Cutral-Co, Mosconi y Tartagal, se aliaba con los *cacerolazos*, forma de protesta típica de los sectores medios urbanos, consistente en una concentración pública acompañada con el ruido de cacerolas y otros utensilios de cocina. En el marco de la rebelión popular, Adamovsky (2009) señala que los sectores medios “en general, no se movilizaron aparte, con reclamos exclusivos e identificándose como una “clase media” sino que, por el contrario, lo hicieron con una expresa voluntad de *confundirse*” con el resto de los manifestantes (Adamovsky, 2009: 460).

En este contexto, el 29 de enero de 2002, una multitudinaria marcha que ingresó a la Ciudad de Buenos Aires por el oeste fue solidariamente recibida por los habitantes de la Capital. Como relata la periodista Laura Vales (2002):

De allí en adelante, bajando por Rivadavia, siguieron decenas de adhesiones similares. En muchas esquinas los porteños esperaron a los piqueteros con jarras de agua fresca, frutas, pan y hasta sandwiches. Se vio acercarse a jubiladas para dar un paquete de galletitas de agua y los porteros de los edificios sacar una manguera a la vereda para refrescar a los que marchaban (Vales, 2002).

El título de la nota reproduce una consigna de la época, que sintetiza esta unidad: ¡Piquete y cacerola, la lucha es una sola! Las jornadas de 2001-2002, como sostiene Adamovsky, debilitaron las fronteras identitarias que separaban a la “clase media” del resto de los sectores golpeados por la crisis. En este sentido, “no es extraño que en tales momentos de luchas y fuertes anhelos de igualdad, se produzcan fenómenos de desclasificación”, es decir, que las “fronteras de separación de clase que el propio sistema produce” tiendan a diluirse. Tampoco es extraño, en estos casos, que “los poderosos, sus intelectuales y sus medios de comunicación salgan inmediatamente a apuntalar la solidez de esas divisiones” (Adamovsky, 2009: 464).

5. Reflexiones finales

Ante la imposibilidad de construir una alternativa propia de los sectores movilizados, la crisis fue encauzada institucionalmente a través del gobierno de Néstor Kirchner, quien asumió la tarea de recomponer la gobernabilidad mediante la concesión de demandas populares, en un contexto de fuerte recuperación económica (Piva, 2015). La recomposición económica impulsó el restablecimiento de un relativo bienestar social, impulsado a partir de políticas como la reinstalación de las negociaciones paritarias, lo cual repercutió en una recuperación del salario real para el período 2003-2007. La actitud de los sectores medios ante la organización de la clase trabajadora – en especial, de las fracciones pauperizadas como los piqueteros – mutó de solidaridad en recelo. El conflicto entre el gobierno de Cristina Fernández y las patronales agrarias, nucleadas en la Mesa de Enlace, fue un escenario en el que grandes capas de sectores medios urbanos volvieron a manifestarse, esta vez, en apoyo “al campo” (Piva, 2014). La solidaridad con las franjas más precarizadas de la clase trabajadora se trocó en el apoyo a un reclamo de una de las fracciones más dinámicas del capital.

Este viraje parece darle la razón a la frase que abre el apartado anterior. Sin embargo, los fenómenos sociales son más complejos de lo que sugiere la sencillez de la cita. La mirada de Jauretche es expresión pionera de una corriente intelectual fuertemente crítica de la clase media, a la que acusaba de no “tener conciencia de sus intereses” y encontrarse “distanciada de la clase trabajadora”, a propósito de su antiperonismo (Sebreli, 2003; Altamirano, 1994; etc.). Quisiéramos reflexionar sobre este punto, convencidos de que ninguna orientación política es una fatalidad histórica y, más aún, que la orientación de los sectores medios no es ajena a toda racionalidad. Sobre la *identidad de clase media*, Visacovsky (2014) sostiene que la misma arraiga en un *relato de origen*, vinculado a la inmigración europea:

Las invocaciones al relato de origen de la clase media afirman una filiación mediante la cual se habrían transmitido valores que explicarían el éxito y el progreso. (...) Quienes invocan el relato podrían diferenciarse de aquellos que no poseen ni jamás poseerán las virtudes del trabajo y el esfuerzo como camino al éxito y al progreso: de un lado, y apelando a principios de diferenciación racista, aquellos sectores que no pueden alegar un origen europeo; del otro, quienes han

tenido éxito en la vida mediante la corrupción, especialmente en el mundo de la política (Visacovsky, 2014: 214).

La invocación al trabajo y el esfuerzo individual como camino legítimo de ascenso social nos permiten plantear una hipótesis: los períodos de crisis, cuando “la clase media está mal”, son también momentos de crisis de esta identidad. La crisis del neoliberalismo en Argentina supuso el empobrecimiento de buena parte de los sectores medios, que vieron así refutada la creencia en el trabajo individual como *condición necesaria y suficiente* para el ascenso social: cada vez se trabajaba más, cada vez alcanzaba menos. Algo andaba mal. Fue la crisis de esta ecuación lo que puso a la “clase media” en pie de guerra y, a su vez, le permitió tejer alianzas con actores a los que – en otro contexto – mira de reojo. Ante la ausencia de una disputa político-ideológica que ataque este presupuesto meritocrático, la reactivación económica de 2003-2007 puso en marcha nuevamente los engranajes de esta *identidad de clase media*. Los reclamos por trabajo y salario dejaron lugar a otro tipo de demandas, ancladas en el resguardo de ciertos patrones de consumo que les permitieran a estos sectores diferenciarse del resto. Así las cosas, la afirmación de Jauretche, si bien orienta la mirada hacia un lugar interesante, corre el riesgo de alimentar el fenómeno que describe, al sancionarlo como inevitable.

Como hemos visto, existen razones para poner en tela de juicio el estatus de *clase* atribuido a los sectores medios, lo cual no puede realizarse sino a través de un extenso y riguroso debate. Sin negar los rasgos particulares de los sectores medios, quizás resulte más fructífero observar sus comportamientos – entre ellos, las prácticas a través de las cuales producen su *identidad de clase media* – sin colocarlos, de forma apriorística, en un grupo separado al de la clase trabajadora. Quizás, esto nos permita hilvanar el análisis híbrido del que hablaba Wright (1995), en el marco del cual “lo que he venido llamando la “clase media” podría describirse más apropiadamente como estratos privilegiado en el seno de la clase obrera” (Wright, 1995: 17).

6. Bibliografía

- Adamovsky, E. (2001). Presencias Intermedias. La «clase media» y el tema de lo intermedio en la filosofía de Diderot. *Revista Latinoamericana de Filosofía*, 31-58.
- Adamovsky, E. (2005). Aristotle, Diderot, liberalism and the idea of a «middle-class»: A comparison of two contexts of a metaphorical formation. *History of Political Thought*, XXVI(2), 303-333.
- Adamovsky, E. (2008). Acerca de la relación entre el Radicalismo argentino y la «clase media» (una vez más). *Hispanic American Historical Review*, 89, 209-252.
- Adamovsky, E. (2009a). *Historia de la clase media argentina: Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*. Buenos Aires: Planeta.
- Adamovsky, E. (2009b). Usos de la idea de «clase media» en Francia: La imaginación social y geográfica en la formación de la sociedad burguesa. *Prohistoria*, 9-29.
- Adamovsky, E. (2014). Clase media: Problemas de aplicabilidad historiográfica de una categoría. En E. Adamovsky, S. E. Visacovsky, y P. B. Vargas (comps.), *Clases medias. Nuevos enfoques desde la sociología, la antropología y la historia*. Buenos Aires: Ariel.
- Adamovsky, E. (2017a). *El cambio y la impostura: La derrota del kirchnerismo, Macri y la ilusión PRO*. Buenos Aires: Planeta.
- Adamovsky, E. (2017b). Los usos políticos de la «clase media». En M. Arredondo y A. Boron (comps.), *Clases medias argentinas, modelo para armar*. Buenos Aires: Luxemburg.
- Adamovsky, E., Visacovsky, S. E., y Vargas, P. B. (comps). (2014). *Clases medias. Nuevos enfoques desde la sociología, la antropología y la historia*. Buenos Aires: Ariel.
- Adamovsky, E., Visacovsky, S. E., y Vargas, P. B. (comps). (2014). *Clases medias. Nuevos enfoques desde la sociología, la antropología y la historia*. Buenos Aires: Ariel.
- Arredondo, M., y Boron, A. (comps). (2017). *Clases medias argentinas, modelo para armar*. Buenos Aires: Luxemburg.
- Altamirano, C. (1994). La pequeña burguesía, una clase en el purgatorio. *Prismas, Revista de historia intelectual*, 1, 105-123.
- Bourdieu, P. (1988). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Santillana.
- Bourdieu, P. (1990). El espacio social y la génesis de las «clases». En *Sociología y cultura*. Ciudad de México: Grijalbo.

- Boron, A. A. (2017). Digresión sobre las clases medias: La Argentina en una perspectiva latinoamericana. En *Clases medias argentinas, modelo para armar*. Buenos Aires: Luxemburg.
- Boniolo, P., y Estévez Leston, B. (2017). El efecto del territorio en la movilidad social de hogares de la Región Metropolitana de Buenos Aires. *Cuadernos geográficos de la Universidad de Granada*, 56(1), 101-123.
- Dalle, P. (2016). *Movilidad social desde las clases populares. Un estudio sociológico en el Área Metropolitana de Buenos Aires (1960-2013)*. Buenos Aires: CLACSO.
- Dalle, P., Carrascosa, J. y Lazarte, L. (2017). Análisis de clase de la pobreza en la Argentina. Un enfoque centrado en la transmisión intergeneracional de oportunidades desiguales. *Sociedad* (Buenos Aires). 207-233.
- Barrios, L. (2004). La clase media sale del paraíso. *Revista Venezolana de Ciencias Sociales*, 10(2), 155-161.
- Camarero, H. (2007). *A la conquista de la clase obrera: Los comunistas y el mundo del trabajo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ceruso, D. (2010). *Comisiones internas de fábrica*. Buenos Aires: PIMSA.
- Cueva Perus, M. (2010). Clase media, poder y mito en el México posrevolucionario: Una exploración. *Estudios Políticos*, 9(20), 105-129.
- De Riz, L. (2009). La clase media argentina: Conjeturas para interpretar el papel de las clases medias en los procesos políticos. En L. Paramio (coord.), *Clases medias y gobernabilidad en América Latina*. Madrid: Pablo Iglesias.
- Erikson, R., Goldthorpe, J., y Portocarrero, L. (1979). Intergenerational class mobility in three Western European societies: England, France and Sweden. *British Journal of Sociology*, 30, 415-441.
- Garguin, E. (2009). "Los argentinos descendemos de los barcos". Articulación racial de la identidad de clase media en Argentina (1920-1960). En S. E. Visacovsky y E. Garguin (comps.), *Moralidades, economías e identidades de clase media*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Germani, G. (2010). La clase media en la Ciudad de Buenos Aires: Estudio preliminar. En C. Mera y J. Rebón (comps.), *Gino Germani: La sociedad en cuestión (antología comentada)* (pp. 92-119). Buenos Aires: CLACSO.
- Germani, G. (1987). "Clases sociales: Introducción". *Estructura Social de la Argentina*, Buenos Aires, Ediciones Solar. Primera edición de Raigal, 1955.

- Germani, G. (1961): *Política y Sociedad en una época de transición*, Buenos Aires: Paidós.
Selección de partes.
- Germani, G. (2010 [1970]). *La movilidad social en la Argentina*, Buenos Aires: CLACSO.
- Goldthorpe, J. (1992). Sobre la clase de servicio, su formación y su futuro. *Zona Abierta*, 59(60), 229-263.
- Goldthorpe, J., y McKnight, A. (2004). *The economic basis of social class*. London: LSE.
- Ipar, E. (2017). Clases medias, neoliberalismo y democracia. En M. Arredondo y A. Boron (comps.), *Clases medias argentinas, modelo para armar*. Buenos Aires: Luxemburg.
- Lenin, V. I. (1972). *Obras completas*. Buenos Aires: Cartago.
- Lipset, S. M. y Bendix, R. (1963). *Movilidad social en la sociedad industrial*. Buenos Aires: Eudeba
- Luci, F. y Gessaghi, V. (2016). Familias tradicionales y élites empresarias en Argentina: individuación y solidaridad en la construcción y sostén de las posiciones de privilegio. *Política [en línea]* 2016, 54
- Maceira, V. (2015). Un abordaje teórico-metodológico para la investigación de la estructura, la movilidad social y las condiciones de vida: la propuesta ENES-PISAC. *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales*, 5 (2). Recuperado a partir de: <http://www.relmecs.fahce.unlp.edu.ar/article/view/relmecsv05n02a05>
- Marx, K. (1849). Trabajo asalariado y capital. *Neue Rheinische Zeitung*.
- Marx, K. (1975). *Miseria de la filosofía. Respuesta a Filosofía de la miseria de P. -J. Proudhon*. Madrid: Siglo XXI.
- Marx, K. (2000). *El capital. Crítica de la economía política*. Madrid: Siglo XXI.
- Marx, K. (2004). *Manuscritos económico-filosóficos*. Buenos Aires: Colihue.
- Meiksins Wood, E. (1983). El concepto de clase en E. P. Thompson. *Cuadernos Políticos*, 36, 87-105.
- Park, R. E., y Miller, H. A. (2008). *Old world traits transplanted*. Chicago: Franklin Classics Trade Press.
- Parkin, F. (1984). *Marxismo y teoría de clases. Una crítica burguesa*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Pérez-Ahumada, P., y Elbert, R. (2018). The identity of class in Latin America. Objective class position and subjective class identification in Argentina and Chile. *Current Sociology*, 66(5), 724-747.
- Piva, A. (2014a). ¿Fin de la clase obrera o desorganización de clase? *Sitio web de Democracia Socialista*: <http://www.democraciasocialista.org/?p=2843>.

- Piva, A. (2014b). La movilización antikirchnerista de «clase media». Entre la crisis de representación y la recomposición neo populista del consenso. *Revista Astrolabio*, 12, 394-421.
- Poy, L. (2014). *Los orígenes de la clase obrera argentina*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Sebreli, J. J. (2003). *Buenos Aires: Vida cotidiana y alienación*. Sudamericana.
- Sick, K.-P. (2014). El concepto de clases medias. ¿Noción sociológica o eslogan político? En E. Adamovsky, S. E. Visacovsky, y P. B. Vargas (comps.), *Clases medias. Nuevos enfoques desde la sociología, la historia y la antropología*. (pp. 21-54). Buenos Aires: Ariel.
- Svampa, M. (2005). Capítulo 5. La fragmentación de las clases medias. En *La sociedad excluyente* (pp. 129-157). Buenos Aires: Taurus.
- Tevik, Jon (2009). “Imaginarios de gusto y moralidad en los fashionscapes porteños. Prácticas y discursos de distinción entre la clase media”. En: Sergio E. Visacovsky y Enrique Garguin (compiladores). *Moralidades, economías e identidades de clase media. Estudios históricos y etnográficos*. Buenos Aires, Antropofagia, pp. 313-340.
- Therborn, G. (2014). ¿Nuevas masas críticas? Las bases sociales de la resistencia. *New Left Review*, 85, 5-17.
- Toyos, F. (2015). Las capas medias y los procesos políticos post-neoliberales: los casos de Argentina y Venezuela. XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Toyos, F. (2019). Clase media y corrupción: Intersecciones entre la identidad de clase y la corrupción política. *Actas del V Congreso sobre desigualdad social y estratificación en América Latina (DEMOSAL/COES)*. Presentado en V Congreso sobre desigualdad social y estratificación en América Latina (DEMOSAL/COES), Santiago de Chile.
- Visacovsky, S. E., y Garguin (comps.), E. (2009). *Moralidades, economías e identidades de clase media. Estudios históricos y etnográficos*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Visacovsky, S. E. (2014). Inmigración, virtudes genealógicas y los relatos de origen de la clase media argentina. En E. Adamovsky, S. E. Visacovsky, y P. B. Vargas (comps.), *Clases medias. Nuevos enfoques desde la sociología, la historia y la antropología*. Buenos Aires: Ariel.
- Weber, M. (1944). *Economía y sociedad*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Wright, E. O. (1983). *Clase, crisis y Estado*. Madrid: Siglo XXI.
- Wright, E. O. (1995). Análisis de clase. En J. Carabaña (ed.), *Desigualdad y clases sociales. Un seminario en torno a Erik O. Wright* (pp. 21-53). Barcelona: Fundación Argentinaria.

Wright, E. O. (2016). Is the precariat a class? *Global Labour Journal*, 7(2), 123-136.

Wortman, A. (2007). *Construcción imaginaria de la desigualdad social*. Buenos Aires: CLACSO.

Artículos periodísticos

Vales, L. (2002, enero 29). Piquete y cacerola, la lucha es una sola. *Página/12*. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-1321-2002-01-29.html>